

56. Un pecho de bronce

Gaspar acababa de regresar a la querida soledad de San Felice cuando tuvo que enfrentar la presionante insistencia del obispo de Todi, a fin de que "finalmente se llevase con sus misioneros en esa ciudad, tan necesitada de la palabra de Dios". Llegó allí en 1835, apenas dos años antes de su muerte, con el Betti y el Merlini.

Pronto conquistó la audiencia, que al escucharlo aclamó: *"Ángel de Dios y portador de paz"*. El clero, y en particular "un docto sacerdote, canónigo de la Catedral", algo desconfiados, pensaban que la gran reputación de santidad, los eventos milagrosos, las sorprendentes conversiones que se narraban de Gaspar, fuesen el resultado de la fantasía y alucinación popular, o anécdotas creados como obra de arte, aunque por buenos fines. Pero pronto todos tuvieron que cambiar parecer.

El primero fue el docto don Girolamo Leti, ya que "tan pronto como se dio cuenta, se vio obligado a hacer un montón de elogios por la oratoria rica, la doctrina y sobre todo de unción y celo". Pero sucedió, por disposición Divina, un evento tan extraordinario, que golpeó y sacudió profundamente toda la población y borró cualquier incertidumbre en aquellos sacerdotes tan dudosos.

Tal era la turba por el confesionario, y en el de Gaspar en particular, que este para poder escuchar a los hombres debía quedarse en la iglesia hasta las dos o tres horas después de la medianoche. Una noche, después de haber oído la confesión de un fulano, se le acercó pavoneando un joven de la nobleza que arrogantemente y sin preámbulos le apostrofó: *"Usted acaba de confesar ese tipo; es un ladrón... Dígame ahora mismo cuanto me ha robado"*. Gaspar no se inmutó, de hecho le contestó con una sonrisa y tanta amabilidad: *"Señor, usted sin duda sabe que por ninguna razón, incluso a costa de la vida, el sacerdote puede revelar lo que se aprende en la confesión"*.

Ese rechazo, cortés, pero firme, exasperó al joven, que pronto pasó a las amenazas, pero encontró el Santo más firme que nunca. Perdió entonces la luz de la razón y apuntó la pistola directamente al corazón del misionero, el cual pensó que, sin duda, por fin

había llegado para él la hora de dar la vida para Cristo. No dio un paso hacia atrás y repitió con firmeza: - *¡Nunca! ¡Nunca!*

Gaspar solía decir que cuando ocurra es necesario tener un pecho de bronce. Con esto daba a entender que debemos ser fuertes. En ese caso era apropiado que el pecho fuese de bronce en el sentido real.

Se oyó un disparo seco, ruidoso y el ambiente se llenó del típico olor de pólvora quemada. Gaspar, sin embargo, permaneció de pie, ileso.

- *¡No, no es posible!* - exclamó el hacendado.

Y la bala: ¿Dónde está la bala? Había caído a los pies del misionero, como un botón desprendido, sin quemarle siquiera la sotana. La recogió: era fría como una piedra.

Mientras tanto la multitud que llenaba la iglesia, al oír el disparo y habiendo visto quien había entrado en la sacristía, intuyó todo y corrió para ver lo que había ocurrido, para llorar la muerte del Santo Misionero y poderlo vengar. Pero el joven hacendado, enojado y confundido, protegido por Gaspar, apenas tuvo tiempo para escabullirse por la puerta de la sacristía y así evitar un seguro linchamiento.

- *“Sí”* - exclamaron todos -, *Gaspar es un Santo y Dios está con él”*.

